

Narrativa de la práctica docente en función de las dos dimensiones de la evaluación formativa

A lo largo de mi carrera docente, he tenido la oportunidad de ejercer mi autonomía profesional para adaptar los procesos evaluativos a las necesidades de mis estudiantes, enfocándome en las dos dimensiones clave de la evaluación formativa: la retroalimentación y la autoevaluación. Estos enfoques no solo me han permitido valorar el progreso académico de los alumnos, sino también fomentar en ellos una actitud de mejora continua y reflexión crítica sobre su propio aprendizaje.

Uno de los aspectos más importantes en mi práctica docente ha sido el uso de la reflexión y la autoevaluación. A lo largo de cada proyecto o actividad, he guiado a mis estudiantes para que reflexionen sobre su propio proceso de aprendizaje, tanto en lo que han logrado como en las áreas donde sienten que pueden mejorar. Esto lo aplico de manera constante en mis clases, por ejemplo, cuando llevamos a cabo exposiciones en grupo. En estas actividades, no solo evalúo el contenido y la claridad de los expositores, sino que también brindo espacio para que sus compañeros ofrezcan retroalimentación constructiva. Este intercambio de ideas es fundamental para que los estudiantes desarrollen una visión crítica y colaborativa sobre el trabajo de sus compañeros y el suyo propio.

La retroalimentación, tanto de mis alumnos como de mí, ha sido un pilar fundamental en estos procesos evaluativos. Después de cada exposición o entrega de trabajo, dedico un tiempo para ofrecerles comentarios detallados sobre sus puntos fuertes y las áreas que podrían mejorar. Aquí, me apoyo mucho en los objetivos de aprendizaje esperados, que me sirven como referencia para analizar si los estudiantes están alcanzando las metas propuestas. Sin embargo, no me limito a señalar errores o logros; mi enfoque está en fomentar la mejora continua, motivando a los alumnos a seguir perfeccionando su trabajo. Esta retroalimentación va más allá de lo inmediato y busca que el estudiante pueda aplicar lo aprendido no solo en sus estudios, sino en situaciones de la vida cotidiana.

Un ejemplo claro de cómo he ejercido esta autonomía docente se da en las exposiciones grupales. Aquí, tras la presentación de un equipo, organizo un espacio para que sus

compañeros evalúen tanto el contenido como la forma en que fue presentada la información. Este proceso de coevaluación permite a los estudiantes observar el trabajo desde una perspectiva diferente, ayudándolos a identificar áreas de mejora. Además, al escuchar sugerencias y críticas de sus compañeros, los estudiantes se dan cuenta de que el aprendizaje es un proceso colectivo y que todos pueden contribuir al éxito de los demás. En este sentido, mi rol como docente es moderar el diálogo y asegurar que los comentarios se enfoquen en el crecimiento y no en la crítica destructiva.

Por otro lado, mi proceso de evaluación se guía principalmente por criterios cuantitativos, ya que considero importante poder medir de manera objetiva el nivel de comprensión de mis estudiantes. Sin embargo, también reconozco el valor de lo cualitativo, especialmente al observar cómo mis estudiantes aplican lo que han aprendido en diferentes contextos. Es aquí donde veo los mayores avances: cuando un alumno no solo puede repetir un concepto o resolver un problema, sino que también es capaz de aplicar sus conocimientos en situaciones de la vida cotidiana. Me he dado cuenta de que este tipo de evaluaciones integrales les otorga a los estudiantes herramientas útiles para enfrentar retos tanto dentro como fuera del aula.

Al ejercer mi autonomía profesional en el aula, también he aprendido a ajustar y adaptar los procesos evaluativos según las necesidades del grupo. Cuando noto que los estudiantes han alcanzado los aprendizajes esperados, ajusto las actividades para promover el siguiente nivel de desarrollo. En estos momentos, la autoevaluación juega un papel crucial, ya que les doy a mis alumnos la oportunidad de evaluar su propio progreso y establecer metas personales para mejorar en áreas específicas. Este proceso no solo les brinda una mayor responsabilidad sobre su aprendizaje, sino que también fortalece su capacidad de reflexión y metacognición.

En conclusión, mi enfoque en la evaluación formativa ha sido clave para fomentar una cultura de mejora continua y reflexión crítica en mis estudiantes. A través de la retroalimentación constante y el impulso de la autoevaluación, he logrado que mis alumnos se conviertan en protagonistas de su propio aprendizaje, promoviendo no solo el éxito académico, sino también el desarrollo de habilidades y actitudes que les serán

útiles a lo largo de su vida. Mi autonomía como docente me ha permitido implementar estos procesos de manera flexible, siempre ajustándolos a las necesidades y contextos de mis estudiantes.